

Huelgas largas, cortos

Salarios...

LOS GÉRMENES DE INCONFORMIDAD QUE SIEMBRA LA CRISIS HARÁN SU FUNCIÓN



11 / VIII / 82

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Los trabajadores textiles ganaron un aumento precario.

Dos huelgas —la textilera y la de Volkswagen— cuya duración se aproximó a un mes cada una, y que concluyeron con bajos incrementos salariales, nos permiten reflexionar sobre el amellamiento que una época de crisis como la nuestra, y las tendencias autoritarias de nuestra sociedad y nuestro gobierno, imponen a las agrupaciones de trabajadores.

La industria textil del algodón batió sus propias marcas en cuanto a suspensión de labores. En 1968 había protagonizado la huelga más larga de su historia, pero la de ahora duró más que nunca: casi mes y medio. La causa era la obvia. Se trataba de la revisión de los salarios. El hecho de que algunas plantas se hubieran sumado a la recomendación de alzas de emergencia en marzo pasado complicaba

las cosas. A pesar de que uno de los puntos resolutivos de tal recomendación ordenó que no se confundiera ese incremento con los que regularmente resultaren de las negociaciones contractuales, en la práctica la cercanía de un aumento y la petición de otro, no obstante estar plenamente justificados ambos, hizo difícil la conversación sobre el segundo.

La industria textil del algodón, por lo demás, sufre una permanente crisis, tan prolongada y difícil, que se asemeja a esas agonías que no terminan nunca, y que estragan no sólo al paciente, sino también a quienes padecen junto con él. Primera entre nuestras industrias de transformación, desde los obrajes novohispanos hasta nuestros días, la textil ha recorrido un trayecto que la condujo a la máxima prosperidad, hasta entrar ahora, en lo que hace a los hilados y tejidos de algodón, en una decadencia que no sólo repercute en el mercado y en las cifras, sino también en las vidas de las personas. En Pachuca, por ejemplo, funcionó durante una treintena de años una fábrica textil, que ostentaba un nombre a la larga desmentido por los Sancho Panza que resultaron sus propietarios. Se llamaba Alonso de Quijano. Instalación antigua, que descansaba sobre todo en la explotación del trabajo de sus obreros, hasta que exprimió a quienes no pudieron apartarse a tiempo de sus largas naves, no resistió el proceso de modernización. Pero no resistió, sobre todo, el ausentismo de sus patrones, que como señores de hacienda porfirista se limitaban a cobrar sus rentas, sin cuidar que se estableciera la necesaria armonía entre la suerte de los trabajadores y la de la empresa misma. El final fue propio de una novela del capitalismo inglés temprano: casi fueron echados a patadas sus trabajadores, con apenas las magras indemnizaciones del Seguro Social, a pesar de que la mayor parte de ellos dejaron la salud y la vida al servicio de Textiles Hidalgo, como también era conocida la empresa.

No sólo circunstancias fortuitas como esa han puesto a la industria algodонера en situación crítica. La sustitución de los antiguos sistemas de hilar y tejer por equipos modernos, que permitan competir aquí y en los mercados extranjeros, ha sido una transición lenta y dolorosa. Ha producido desempleo, que en poblaciones donde no hay más fuentes de trabajo que las empresas textiles adquiere proporciones de drama social, y no ha podido, a cambio, mejorar sustancialmente la condición de la industria en el mercado. La competencia que le hacen las telas fabricadas con fibras artificiales, por lo demás, ha terminado por completar el triste panorama por el que transita esa industria.

En efecto, por virtud de la publicidad, que ha introyectado en los consumidores las ventajas de los sintéticos, el algodón está batiéndose en retirada de la industria del vestido y la confección. No crece su producción al ritmo con que aumentan las necesidades de la población. Como en otros terrenos donde la irracionalidad se ha instaurado, quienes por ejemplo eligen beber cerveza en vez de leche no obstante lo enormemente caro que resulta la sustitución, practican una análoga con la ropa. Pagan mucho más por prendas de fibras artificiales que por las hechas de algodón. Los costos de fabricación así lo determinan: el kilo de tela de algodón costaba, en 1981, 129 pesos, mientras que el kilogramo de telas de fibras sintéticas costaba ciento cincuenta pesos más, es decir, 279. No obstante lo cual, aquella industria está padeciendo en beneficio de ésta.

Eso ha provocado un efecto lateral, pero igualmente importante, que consiste en la paulatina, pero segura reducción de las superficies dedicadas al cultivo del algodón. Como las exportaciones de la fibra como tal, y de los textiles que con ella se realizan ha disminuido de manera franca (entre otras cosas por la deplorable tendencia a tomar el pelo a la clientela, manifestada en algunos casos). Se consume cada vez menos algodón. Esa disminución de la producción algodонера es grave por sus consecuencias inmediatas y lo es más por las remotas, pues la acentuada escasez de materia prima se convertirá, a corto plazo, en un nuevo factor de distorsión en esta industria.

Los trabajadores de ella, que tuvieron una tradición de lucha inclusive revolucionaria (hay que recordar que junto con los mineros protagonizaron los primeros brotes de rebeldía social al iniciarse este siglo), han quedado encuadrados bajo un sindicalismo que lejos de protegerlos, los esquilma. Por ejemplo, en esta última negociación, uno de los factores que alargaron la huelga fue la falta de acuerdo sobre el monto de los pagos de previsión social, que es el modo eufemístico con que se conoce en esa y otras industrias el pago de protección. La denominación gangsteril no es casual, sino deliberada. Funciona realmente así, como en el antiguo Chicago: si aparte las complicaciones de la revisión salarial no quiere un patrón tener dificultades en la operación cotidiana de sus fábricas (lo que naturalmente incluye el que él mismo se sirva con la cuchara grande de las violaciones contractuales) no tiene más que aportar su contribución al fondo de previsión social. Se sabe que ese fondo es repartido entre los líderes para que se hagan de la vista gorda.

Y es una lástima que ocurra así justamente en una industria donde han ido madurando las condiciones para un gran sindicato nacional. Hasta ahora, los pequeños sindicatos de empresas (o algunos que sin serlo se llaman nacionales) están agrupados en las centrales como la CTM, la CROM y la CROC, principalmente. Para efecto de la revisión contractual, se ha formado una coalición nacional textil, que deja de tener efectos una vez arreglada la cuestión del contrato. El dinamismo de su estructura, sin embargo, podría servir para la ampliación de las posibilidades de negociación muy minadas en las actuales circunstancias.

Las empresas textiles sacaron provecho de esta huelga prolongada. Se deshicieron de inventarios que se formaron por un crecimiento en la producción de 1981, contrario a la tendencia a la baja que se observaba de manera continua en la década anterior. Y pagaron además sólo el cincuenta por ciento de los salarios caídos, en aplicación de una práctica admitida por los trabajadores, pero impuesta por las autoridades laborales. Al cabo de ese sacrificio, los textiles ganaron un aumento precario, pues ellos y no los patrones caminaron el trecho más largo en la negociación correspondiente.

Se ha mellado el principal instrumento de combate de los trabajadores, por lo menos en el caso de los obreros (Sigue en la página 70)